

Tú, yo y aquel inesperado viaje

Dess Borton



DESS A. BORTON

Capítulo 1

PRÓLOGO

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Y mierda!

La culpa de todo esto, desde luego, era del café o más bien la falta de él. ¿Quién me mandaba a mí despertarme a estas horas de la madrugada? A ver, ¿qué se me había perdido a mí en Los Cayos? Con lo bien que estaba yo todos los veranos en Fuengirola con mi playa, mi hamaca, mi cervecita fría y toda mi familia dando por saco, cuando digo familia, quiero decir: mis padres, mi abuela, mis tres hermanos, mis cinco sobrinos, el perro y Lola, mi mejor amiga, la que vive más en mi casa que en la suya propia.

Pero claro, aquí a la señorita de repente se le crea complejo de Kardashian y se va a Los Cayos de Florida, con los ricos. Vete, Cata, desconecta, te vendrá genial, me decían. ¡Los cojones desconectar! Si la cosa estaba negra en Málaga, ahora aquí encima de esté muchacho ini te cuento! Esto sí que tiene color marrón mierda de: tierra trágame y escúpeme en el Tíbet, a ver si haciéndome budista la cosa cambia un poquito.

Capítulo 2

CAPÍTULO 01

Maletero, tubo escape. Puerta, puerta...

(CATA)

Un tono. Dos. Tres.

— ¡Me cago en todo, Lola, coño coge el móvil! —Bufo.—Todo el santo día con él en la mano y cuando lo necesito no es capaz de darle al botoncito, cojones.

Nada que no hay manera. Me salta una vez más el contestador, lo de esta mujer no tiene nombre de verdad, vive del maldito teléfono y resulta que para coger las llamadas la señora está ocupada. Bufo, y lo hago porque en fin, llevo toda la puta mañana imitando a un toro de Miura, una más tampoco se va a notar tanto.

Suelto el bolso en el asiento que tengo al lado e intento encontrar al buda que tengo en alguna parte aunque no lo vea. Entonces el móvil comienza a sonar.

Lola.

— ¿Tú para qué tienes el teléfono si después no lo coges?

—Uy, cada vez te pareces más a tú madre, eh.—Y, eso, ha ido con retintín.

—Qué le voy hacer.—Resoplo. Por seguir con la tónica del día.—Me estoy haciendo mayor.

—María Catalina, ¿qué ha pasado? ¿Se ha muerto alguien? —Arqueo una ceja, porque en mi interior pienso que Lola me está viendo.—Tengo catorce llamadas tuyas y ya no sé qué pensar.

—No han sido tantas.

—La leche que no.—Ahora la que bufa es ella.— ¿Qué cojones ha pasado?

— ¡El cara alpargatas! ¡Eso ha pasado!

Aspiro una bocanada de aire y le sonrío a la señora mayor que me acaba de mirar como si me hubiese poseído el Diablo. Puede que el tono lo haya elevado un poquitín, pero nada y menos, que remilgada es la gente, de

verdad.

—No va y me dice: Señorita Molina, hemos considerado rescindir su contrato con la empresa, creemos que no encaja con nuestros parámetros de trabajo. ¡Los cojones que no! —La señora se acaba de levantar y se ha cambiado de asiento en el autobús, santiguándose, por si las moscas lo mío se contagia o algo; ni que estuviese echando espuma por la boca, señora.—Total, que me han echado, a un mes de hacerme fija.

— ¡Será imbécil el cara alpargatas ese! —Qué razón tiene mi Lola, leche.— ¿Dónde estás, Cata?

—En el autobús, que es lo único que me puedo permitir en un tiempesito.

Escucho una risita justo en el asiento que tengo detrás, se trata de un adolescente un poco desgreñado con pinta de ir a la playa, lleva un rato apañado mirándome de reojo y atento a mi conversación con Lola. Iluso. No sabe aún el futuro que se le viene encima.

—Vale, vale. Pues en casa hablamos con un vinito.

Lola todo lo arregla con un café o un vino, dependiendo de la hora del día.

—Pero del que compré el otro día en el Mercadona, eh. Que no tengo yo el bolsillo para pagarte los vinos esos franceses que te gustan a ti.

—Eso no se puede beber, Cata. Además, a este invito yo.—Chista, porque puede claro, las que estamos en paro pronto ni el vino de tetrabrik.—Tú vente y vamos viendo.

—Sí, sí. Ahora hablamos.

Cuelgo, guardo el teléfono en el bolso y suspiro.

Cuando me levanté esta mañana era feliz, chispa más o menos, tampoco nos vengamos arriba porque no. Pero al menos tenía un sueldo decente, si entendemos como digno que me explotaban en el trabajo y cobraba más o menos los mil euros mensuales. Vivía con Lola en el pisazo que se compró en pleno barrio del Limonar cuando de la noche a la mañana se hizo famosa; me empeñé en pagar un alquiler por eso de no vivir de gorra en el mejor barrio de la ciudad, y Lola se empeñó en poner el arrendamiento más ridículo que encontró posible y así fue como terminé ocupando la habitación de invitados con más metros cuadrados que la casa de mis padres en Nueva Málaga. Y os estaréis preguntando que de qué conozco yo a Lola. Resulta que es mi mejor amiga desde el parvulario, cuando se sentó a mi lado y me soltó: «Hola, soy Lolita, y sé

hacer unas trenzas súper chulas», desde entonces hemos vivido de todo, todo. Incluso el tiktok en bikini y semiborracha que la hizo famosa. No es por ponerme flores y tal, pero si Lola es toda una estrella de las redes sociales es gracia a mí, que para eso le grabé bailando aquel hit veraniego en la piscina del camping, el que se hizo viral: «maletero, tubo escape. Puerta, puerta, maletero, tubo escape». Un mes después de aquello, tenía tantos seguidores que ni ella misma se lo creía, las marcas de cosméticos, ropas de alta costura, perfumes, se la rifaban para convertirla en parte de su marca. Un día nos íbamos con los amigos de camping y al otro le pagaban un viaje a Milán en primera clase y hoteles de lujo para ir a la pasarela de moda.

Suspiro.

El bus para y la señora que me ha mirado mal se baja muy digna ella con su bolso de Valentino bien cogidito del brazo, el bastón en la otra y me lanza una furibunda mirada. Señora, usted caga billetes de quinientos, para tener que rebajarse a subir en el transporte público, contrate un chofer y así nos ahorra a los que les pagamos los impuestos sus caras de alcachofa en mal estado. Gruño. Porque ya es una parte mía y es lo que hay.

El vehículo gira en una esquina y veo mi parada acercarse, está a pleno sol, como siempre, pero hoy hace un terral[1] para morirse y la idea de tener que subir la cuesta hasta casa no me seduce en lo más mínimo, pero es lo que toca. Salgo del autobús con el bolso en el hombro y con ganas de quedarme en sujetador y braguitas del calor que hace; así que acelero el paso para ver si así llego antes a casa, muy inteligente por mi parte, pues como yo ya sabía lo único que consigo a cambio es comenzar a sudar como un pollo en pleno asado y llegar al portal asfixiada.

—Buenas tardes, señorita Molina.—Roberto, el portero me mira como si de pronto me hubiesen salido dos cabezas, pero tan solo estoy resollando un poquito más fuerte de lo normal.—Señorita, le ha llegado hace un momento un paquete a la señorita Martín, ¿podría subirlo usted?

Estiro la mano para que me dé el paquete, porque si hablo echo el pulmón por la boca y no creo que al bueno de Roberto le haga mucha gracia tener que limpiar el estropicio. Me alarga un paquete blanco satinado con unas letras grabadas en negro mate precioso donde se lee perfectamente: Chanel. Ya ni me emociono. La primera vez que el portero me pidió por favor que le subiese un paquete a Lola y vi que se trataba de una caja de Jimmy Choo casi me da un infarto en el portal, Roberto, tuvo que sentarme en su garita y darme un vaso de agua.

Subo en el acristalado ascensor a la tercera planta la cual compartimos con un inglés de la edad de nuestros padres que pasa más tiempo fuera de Málaga que en ella, cosa que nos viene genial, porque más tranquila

estamos. Cuando abro la puerta del piso lo primero que escucho es un «¡me cago en la estampa del cara alpargatas ese!» lo segundo es una risa prolongada proveniente de Lola, la voz ya me temo yo que es de David.

— ¡¿Se puede saber que mierda haces tú aquí?! —Grito cerrando la puerta.

Porque, oye, el día no estaba siendo bastante entretenido, no, tenía que ponerle la guinda el señorito.

—Pasaba por el barrio...

[1] El Terral es un viento cálido que trae consigo un aumento de las temperaturas y una disminución de la humedad que, a su vez, incrementan el riesgo de incendios en verano.

Capítulo 3

CAPÍTULO 02

El camarote de los hermanos Molinas

(CATA)

Me quedo mirando a mi hermano David con los ojos muy abiertos, echando humo por las orejas, si es que tuviese esa capacidad, y pidiéndole a San Job que me dé un poco de su paciencia; porque una cosa tengo clarísima, esto va a traer problemas.

— ¡Mis ovarios pasabas tú por aquí!

Suelto el paquete en el mueble de la entrada y voy muy decidida hacia donde está, mientras el señorito permanece tan pancho, cruzado de brazos, al final del pasillo viendo como yo monto el cirio. Porque una cosa es que yo me haya venido arriba y me crea Beyoncé deslizándome por la casa moviendo el culo, las caderas y sacudiendo la cabeza como si esto fuese un anuncio de champú de la tele y otra que lo sea. La cruda realidad es que antes incluso de llegar donde están, él y mi amiga, tropiezo con la alfombra de pelo de Madagascar o La Ponía, vete tú a saber, porque será muy suave, muy bonita, quedará niquelada con el ambiente de la entrada, pero estorbar, estorba un rato grande. Obviamente me voy al suelo, bolso incluido, desparramando por el parqué del corredor todo su contenido, entre otras cosas, los tampax que he birlado antes de irme del trabajo y las braguitas de repuesto que siempre llevo dentro por si las moscas.

— ¡Me cago en...! —Bufo, por si aún nadie se había enterado que es mi nuevo estilo de vida, y para rematar la faena, rechino los dientes.—David, ¿qué haces aquí?

—Recogerte del suelo, parece.—Lo fulmino con la mirada, pero causa el mismo efecto que si lo hiciese un bebé, o sea, ninguno. Extiende una mano y aunque me cueste un poco, termino aceptando la ayuda.— ¿Estás bien, pitufa?

—Sí, sí.—Observo todas mis cosas tiradas por el suelo y suspiro.—Que diita llevo, de verdad.

Lola y el tocapelotas de mi hermano, asienten con la cabeza, algo que no ayuda en lo más mínimo a rebajar mi nivel de enfado.

—Hermanita, ¿te han echado del curro? —Fulmino a mi amiga con la

mirada, pero ella muy digna se encoge de hombros.

—No me mires así, Cata, no he tenido más remedio que decírselo.—Lola, tiene muchas cosas buenas, pero entre ellas no está la de guardar un secreto.—Se presentó justo cuando estaba hablando contigo.

—Claro... Te apuntó con una pistola y no tuviste más remedio que confesar.

—Exacto.—Sonríe como una niña buena que nadie se cree.—Ya sabes lo poco que me gusta la violencia.

—No lo pagues con Lolita, ella...—El sonido de la colleja retumba en el pasillo.— ¡Joder, Lola, que ha picado!

—Me alegro.—Sonríe.—Sabes cuanto odio que me llames Lolita, tonto del culo.

Esto cada vez me parece más surrealista.

— ¡Chicos, centraos! Sí, Davidilito, me han echado, pero no digas nada de nada. Y...—Por el rabillo del ojo veo como se lleva la mano a la nuca con cara de circunstancias y eso solo quiere decir una cosa: problemas.— ¿Qué?

—No te enfades, ¿sí?...

— ¿Por qué todo el mundo empezará una frase con «no te enfades» cuando lo que viene después seguro que te cabrea? —La sabia de Lola y sus preguntas retóricas.

—Puede que al enterarme... lo haya anunciado por el grupo.—Achino los ojos, hago eso porque la otra opción es cometer fratricidio y no me parece correcto después de todo.— ¿No te han llegado las notificaciones? —La sonrisa de listillo que se les escapa me entran ganas de borrarlas a quantazos.

Aspiro con fuerza y abro la boca para protestar, pero no me da tiempo a decir nada ya que se escucha el timbre de la puerta con cierta violencia. Mi amiga sonrío y muy diligente ella se apresura abrir la puerta de casa.

— ¡¿Cómo está Cata?! —Esto no puede estar pasando. Giró mi cuerpo noventa grados y me topo con mi otro hermano que me busca desesperado hasta que me divisa.— ¡¿Cómo estás?!

Manu, el segundo en la línea sucesoria del clan Molina, entra como un vendaval por la puerta doble de casa y al llegar a mi altura me coge por los hombros con fuerza buscando algún signo de daño físico. No sé qué se

imagina que me ha podido pasar pero tiene los ojos fuera de sitio.

—Bien. De una pieza, como ves.

—Pero David dijo...

Ambos, como si fuésemos del equipo de natación sincronizada, nos giramos a la vez y fulminamos a nuestro hermano con la mirada, dos pares de ojos verdosos lanzando puñales por ellos, si lo ensayamos no sale tan bien.

—A ver, a ver... —Levanta las manos el susodicho.—Tenía que poner la cosa seria.

— ¡¿Sería?! ¡Nos has dicho que ha sufrido un accidente con una moto!

— ¡Me cago en tu estampa, David! —Grito a pleno pulmón dando gracias de que el vecino inglés no esté en su casa nunca. Ya sabía yo que esté solo iba a traer problemas.—Manu, solo me han echado del trabajo...

— ¡¿Cómo?! —Me suelta de inmediato y se queda quieto.— ¿Pero...?

Intento explicar lo que ha pasado, pero en ese momento se vuelve a escuchar la puerta.

—Ese va a ser Rafa.—Anuncia Lola como si fuese normal que mis hermanos se presentasen de uno en uno. Se va de nuevo hacia la entrada moviendo sus caderas por el pasillo, igual que una de esas ángeles de Victoria's Secret, abre tan tranquila ella y por supuesto: —Hola, Rafita, pasa, pasa, están todos aquí.

Esto cada vez se parece más al camarote de los hermanos Marx.

—Cata, ¿qué ha pasado? —La voz de Rafa se hace notar por encima de todo el bullicio que de pronto se ha formado en casa.—David, nos ha dicho por el grupo...

—Ya, ya, lo del accidente de moto. Pues no he tenido ningún accidente.—Resoplo hastiada.—Solo me he quedado en paro.

Se hace un silencio profundo entre todos los que estamos en la entrada, porque sí, aquí seguimos como pasmarotes plantados en la puerta del piso.

—Pues se ha quedado buena tarde, ¿no? — Entonces, sin venir a cuento, Lola comienza a reírse a carcajada limpia. Los cuatros miramos seriamente a mi amiga pero ya no sé si por el enfado, porque todo esto es absurdo o por qué, terminamos todos llorando de la risa floja que nos

entra.— ¿Voy sacando un vinito y unas aceitunitas?- Nos miramos entre sí.

— ¿Gabinete de crisis? —Pregunta Rafa.

— ¡Gabinete de crisis!—Respondemos el resto.

Capítulo 4

CAPITULO 03

Gabinete de crisis

(CATA)

Nos adentramos, los cinco juntos y haciendo ruido, en el salón.

Cada uno toma asiento donde quiere, Rafa, en el sofá chaise longue blanco roto que tiene el exclusivo nombre de Pearl, sí, el sofá tiene nombre y aún sigo sin saber el motivo. Manu, posa su culo en la mesa auxiliar de madera de pino sostenible que Lola había colocado frente al sofá y David, se tira, literalmente, en la parte más amplia del sofá, a jeta no le gana nadie. Yo me quedo de pie, sin saber muy bien donde ponerme, al parecer de nada sirven los tres años y siete meses que llevo viviendo aquí.

—Como veo que estáis cómodos, voy a por el picoteito y tal.

Lola, se pierde por la puerta en arco que da a la amplia y sofisticada cocina con todos los chismes de Masterchef, que por supuesto, no utilizamos porque lo máximo que habíamos sido capaces de cocinar, al menos sin hacer un destrozo, había sido una tortilla de papas deconstruída, o sea, que al darle la vuelta en la sartén se desparramó por todo el plato y en vez de salir redondita, terminó siendo un amasijo. Lo importante es que estaba buena, por si os lo preguntabais.

— ¿Qué ha pasado, Cata? —Rafa, la voz de la experiencia y el mayor de los cuatro es el primero en preguntar.

—Cuenta, cuenta.—Lo ayuda, Manu, elevando un poco el mentón para mirarme.

—Pues que le han echado del curro.—Sentencia David.

—Mira, Davilito, será mejor que te calles o al final la vamos a tener gorda tu y yo.—Protesto. Aspiro fuerte, intentando buscar una forma de empezar pero no la hay, de ahí que lo suelte a bocajarro.—Me han echado. Según el jefe, no tengo el perfil que buscan en el supermercado.

Veo las reacciones de mis hermanos a cámara lenta.

Rafa, se endereza, cuan largo es, cruzándose de brazos con actitud amenazante y podía serlo mucho con aquel traje de dos piezas en gris marengo, al más puro estilo Corleone, que se gastaba el muchacho. Manu,

se sienta al filo de la silla y arruga la frente, de los cuatro siempre ha sido el más zen, como si viviese en una comuna llena de gente fumando hierba de la buena. Y David, ni se inmuta, a ese le da todo igual.

— ¿Estabas a punto de cumplir un año, no? —La relajada voz de Rafa suena potente.—Digo yo que te habrán dado alguna otra explicación, no sé, quizás que has bajado el rendimiento en estos últimos meses...

—No le digas eso, Rafita, que la vas a hundir en el fango.—Esto es ya lo que me quedaba. Encima, David, porque no podía ser ninguno más, haciéndose el gracioso. Busco a mi alrededor y encuentro uno de esos cojines grandes que usa Lola pasa sentarse en el suelo, así que ni corta ni perezosa se lo lanzo.— ¡Me cago en la leche, Cata! ¡¿Qué os pasa hoy conmigo y las agresividades, leñe?!

La risa de Manu se escucha clara.

—Tío, eres un bocas...

— ¡Ea! Y a los ancianos no se les discuten.—Solté sin más.

—Queréis dejaros de tonterías y volver al tema importante, por favor.

Todos miramos al primogénito de los Molinas Torres, allí sentado imponiendo orden; Rafa siempre había sido de esa clase de chicos altos, fuertes y con carisma. Había tenido siempre el pelo dos o tres tonos más claro que el resto de nosotros y los ojos más azules que verdes, herencia de mamá y la abuela Carmen; también había heredado de papá la labia, el hoyuelo cada vez que se reía y la espalda de un ropero de cuatro puertas. Esa que le había servido como aval para liarse en el instituto con más chicas de las que recuerdo, hasta que conoció a Maddison, con la que dos años después de empezar se casó y con la que lleva diez años de feliz matrimonio. Fruto de ese amor desmesurado tengo tres sobrinos preciosos: Virginia, Hugo y Elena.

—A ver, he traído un poco de todo.—En ese momento Lola entra con una bandeja en las manos, trae cinco copas, dos cuencos y la cubitera con la botella de vino blanco dentro. Mis hermanos la miran con desconfianza.— ¡No me miréis con esa cara que no he cocinado nada, leche! Solo he abierto paquetes y vertido en el bol.

—Menos mal... Ada todavía se acuerda de tu carne estofada.—Rie Manu.

Ada, Adela más bien, es la pareja de mi hermano desde que el mundo es mundo, llevan tanto tiempo juntos que los pobre de mis padres han dejado de insistirle a mi hermano para que hincó la rodilla, sobre todo, tras tener al primero de sus dos retoños, mi sobrina, Ester y ni os cuento

cuando vino Cristian.

—Tu mujer no sabe apreciar la buena comida.

—Lola, eso no era comida, ni el perro de mis padre lo quiso tocar.—David, aportando su tan preciada lengua viperina.

Mi amiga fulmina con la mirada a mi hermano que se la devuelve junto a una sonrisa seductora, David era eso, un conquistador nato. Tenía un año más que yo y seguía viviendo como si tuviese dieciocho, había estudiado periodismo y se pasaba la vida con una mochila al hombro, según él, buscando la noticia, según el resto de mi familia, viajando por el mundo con la excusa perfecta. Eso sí, cada verano sin falta volvía a Málaga y se pasaba el mes de agosto en el apartamento de Fuengirola, el que siempre alquilábamos cuando llegaba la época estival.

Suelto un montón de aire acumulado y ayudo a Lola a soltar las cosas en la mesa.

Rafa, descorcha la botella, Manu, la sirve y David, quién sino, hace el brindis.

—Porque el paro es de guapos.—Elevo la copa y nos mira a todos antes de posarla en la mesa.—Y porque quien no apoya no folla, quien no recorre no se...

El leñazo que le propina Manu calla al bocachanca de David.

—Eres un bocazas, tío.

La risita tonta de Rafa me deja clarito que ese ya se ha bebido hasta la última gota. Yo quiero mucho a mis tres hermanos, si incluso al tonto del culo de David, pero esto del vinito no sé yo si ha sido buena idea teniendo aquí a Rafa que se emborracha con solo oler el alcohol.

—Anda, Rafita, deja que te rellene la copa.— Se apresura, Lola.

— ¿Qué pretendes, Lola? —Susurro cerca de su oído.

—Nada, nada.—Arqueo una ceja, es que eso no se lo cree ni el Papa de Roma, que Lola es mucha Lola.—Bueno, quitarle el palo del culo, a ver si con algo de alcohol se suelta un poquito, que desde que se enfundó el traje de empresa mutó o algo parecido.

—Centrémonos, niños.—Manu, cuando quiere, es el más resolutivo.— ¿Qué vas hacer ahora? ¿Se lo vas a decir a papá y mamá?

Todos, incluida la paloma que se ha posado en el alfeizar de la ventana nos callamos durante un segundo eterno. Quien conoce a mi madre, doña Concepción Torres Gonzales, sabe de sobra que faltó poco para que en los Juegos Olímpicos se implantase como deporte de riesgo el lanzamiento de chancleta y mejor no hablar de mi padre, don Valentín Molina Collado, experto en el «ya te lo decía yo hija mía». No, desde luego no era una opción y él mejor que nadie lo sabía.

— ¿Quién decía que yo era un bocazas? —Pregunta irónico y sabidillo David.—Hermanito, una cosa es meterse con Cata y hacerle rabiar, y otra muy distinta, que la mandemos al patíbulo.

— ¡E o no! Mira que yo quiero a los viejos, pero son de lo que no hay...—Rafa, va más para allá que para acá y hasta lo fino del despacho se le ha olvidado.—No, no. Tenemos que buscarle algo antes de que los papis se enteren.

—Uy, puede que me haya colado un poco.—Me musita Lola al oído mirándolo.

— ¿Qué? —Sueltan los tres cotillas al unísono.

— ¡Qué puede que me haya acalorado un poco! —A veces me pregunto cuándo se ha vuelto tan lista esta tía. Para acompañar sus palabras nos sirve de nuevo a todos, si a Rafa también y sonrío muy comedida ella.— ¿Y si te vas de viaje?

Me echo a reír, si es descabellado decirles a mis padres que me han despedido del supermercado, sumado a las nulas perspectivas de conseguir otro trabajo de lo mío, más irracional me parece marcarme un viaje aunque sea ahí al lado.

— ¡Claro, por qué no! —Pongo los ojos en blanco.—Total, si solo me han echado del curro, la maceta que me da dinero la tengo estupenda...

—Mira que eres borde a veces, Catalina.—Sentencia Lola.—Sé muy bien lo que ha pasado, no dejas de repetirlo como si fuese un mantra gregoriano, si me dejas hablar te explico la idea...

— ¡Que hablar y que nada, Lola cojones! Que no tengo dinero.

—María Catalina.—La voz de Manu se escucha en el todo salón.—Puedes, por favor, dejar que tu amiga se explique y de paso dejar de ser tan rancia.

— ¡Eso, eso! Que vaya telita, Catalina.—Rafa, el cual se ha quitado la chaqueta del traje y se ha retrepado en el sofá, da otro buche.—Lola, me

tienes que decir donde compras este vino... ¡está de vicio!

—Cómo si te lo pudieses permitir, Rafita.—La mofa viene del mismo de siempre, David.—Que esta caga billetes de quinientos de tres en tres.

Entonces todo sucede en un segundo. Rafa, que va como una cuba, se incorpora tambaleándose con un cojín del sofá, Manu, eleva la mano en dirección al cuello de David y Lola, la más rápida del Oeste, le lanza el hueso de una aceituna directo a la frente.

— ¡Joder con las agresividades!

— ¡Podéis hacerme caso, por favor! ¡Gracias! —Llama la atención mi amiga.

—Total que os volváis violentos conmigo es secundario.

—Sí, David.—Rafa, Manu, Lola e incluso yo lo hemos coreado a la vez.

— ¡Ea! Pues seguí a lo vuestro.

—Eso digo yo.—El mayor de los Molinas eleva un dedo, serio, solemne, sin embargo, en el último momento comienza a mover el culo en un ridículo bailecito.— ¡Vete, vete, vete!

— ¡Rafa, que no tengo dinero!

—No es problema.—Giro el cuello para mirarla.—Venga, Cata, nunca me has dejado hacerte un regalo como Dios manda.

—Y no...

—Cata, leche, escúchala.—Que David se compinche con Lola no es bueno.

—Yo también quiero escucharla.—Sonríe Manu, llevándose la copa a los labios como el que no ha roto un plato en su vida.

—Tu cumpleaños estar al caer y se me ha ocurrido que te podía regalar un viaje, no sé...

— ¡Ay, si, si! ¡Qué guay, Cata! —Rafa, comienza a dar saltitos en el sofá y para rematar la faena, coge la chaqueta y comienza a girarla en el aire cual cowboy en un ruedo.— ¡Yo elijo! ¡Yo elijo! ¡Trae el portátil, Lola, que vamos a buscar destino!

— ¡Eso! ¡Vamos a buscar destino! —Gritan los demás.

Capítulo 5

CAPÍTULO 04

¿Qué se me ha perdido allí?

(CATA)

— ¡¿Estáis locos?! ¡¿Cómo me voy a ir de viaje, cojones?!

— ¿Tú has escuchado a Lola, Catita, o es que te vamos a tener que regalar por reyes un sonotone? —David y sus pullas.—Mira que no son baratos.

—La leche que te voy a dar sí que va a ser gratis tranquilo.—Bufo.—En serio, no soy un proyecto de caridad en el cual invertir.

— ¡Oh, oh! ¡¿Y si te vas a Disneyland?! —Rafa, observa el minúsculo portátil que tiene sobre sus rodillas y después nos sonrío a todos.— ¡A los niños les encanta!

—Tío que tiene treinta años, no tres, picha.—Manu, intenta no reírse en su cara.—Cata, necesita algo más sofisticado, ¿Paris?

— ¡Ajam! Me gustaría a mí verla entenderse con los franceses.—Suelta Lola.

— ¡Allí hay Disneyland! —Rafa, sigue a lo suyo.

La escena es surrealista, incluso, descabellada. Por qué se están planteando de verdad la opción de que me vaya por ahí de viaje y para colmo dejar que mi mejor amiga me lo pague todo ¡a lo loco! Como si yo lo fuese a permitir.

Lola, tan resuelta como siempre, le arranca el ordenador a mi hermano de las piernas y se pone a buscar como una loca por internet. Estudió peluquería y maquillaje, no obstante, siempre se le dio de vicio esto de encontrar ofertas jugosas en la red, así que ahí está ella, buscando como el que intenta sacar petróleo del fondo del mar.

— ¡Lo tengo! —Sonríe carismática.— ¿Qué te parece Saint-Tropez?

—A ver, ¿pero no eras tú la que decías, hace tan solo un segundo, que no era buena idea eso de mandarla a Francia porque vete a saber cómo se iba a comunicar? —David, aunque parece que pasa de todo, es más listo que el hambre y lo único que busca es pillarte en un renuncio. Motivo por el que ni me extraña la cara de mofa que le pone.—Oye, ¿y si buscamos

un sitio de habla hispana?

Esto es la pera limonera ya.

—Uno, estoy aquí, por si no lo recordabais o tal. Dos, me defiende muy bien con el francés, —la risa es generalizada, con hermanos y amigas como estos para qué quiero yo enemigos.—bueno, lo chapurreo. Tres, ¿lengua hispana? Os recuerdo a todos que tengo un C1 de inglés, que mi trabajo me costó. Y cuatro y último, ¡qué no me voy de viaje, me cago en la mar salada!

— ¡Ay! ¡¿Y el parque temático de Harry Potter?! —Todos nos giramos hacia Rafa.—De chica te encantaba, además está en Londres y Orlando y, casualmente, Orlando Bloom, fue tu amor platónico, no sé, quizás es una señal.

—A ver, que yo me entere, ¿cuántas copas se ha bebido éste? —Pregunta de repente Manu.

—Tres. Pero con la primera ya iba doblado.—Encojo los hombros.

—De adolescente tuvo que ser muy feliz y ahorrar mucho en borracheras.—Murmura David.—En fin, Orlando, podría ser.

— ¡¿A qué si?! —Grita Rafa alegre y dando palmas.— ¡Allí también hay Disneyland!

— ¿Qué te pasa a ti con Disneyland? —le contesta mirándolo extrañado.—Ni que tuvieses un trauma o algo.

— ¡Jo! Es que... cuando hice la comunión se lo pedí a los papis, ellos me dijeron que el Tívoli era más divertido y al final resultó ser peor que una feria de pueblo ¿sabes?

Suspiro. Creo que todos los malagueños hemos sufrido el temido momento Tívoli. El Parque de Atracciones, situado en el Arroyo de la Miel, había tenido sin duda días mejores que los que nosotros habíamos vividos.

—No voy a ir a Disneyland.—El hostigador me pone un puchero lastimero.—De hecho, no me voy a ningún lado.

— ¡No oses desafiarme!... —estira el brazo a todo lo que da, coge una varilla de incienso, de esas que tanto gustan a mi amiga, desparrama todas las demás y me apunta con la superviviente, como si se creyese de pronto Lord Voldemort o algo parecido.— o tendré que usar la maldición

Imperius contra ti.

— ¿Qué os parece un viaje a Los Cayos de Florida? — propone la anfitriona.

No si aquí cada uno va a lo suyo.

— ¡Ay, si! Está a tiro piedra de Disney.—David se acerca al mayor y le da un par de caricias en la cabeza.—No soy un perro.

—Angelito. Un angelito.

Ignora la protesta repitiendo lo que siempre nos decía mi madre cuando nos poníamos pesado con algo y nos acariciaba el pelo como a perros. Lo peor es que siempre picábamos y replicábamos con eso de «no me acaricies como a un perro, mamá», porque todos, hasta el más bueno de los Molinas, habíamos sido unos bocachanclas y ella con una sonrisa muy simpática nos decía: «como los perros no, como los angelitos» Y se quedaba tan pancha.

—Queréis dejaros de tonterías y estar pendientes.—Eleva la voz Lola.— ¿Qué os parece Los Cayos entonces?

Manu es el primero en centrarse.

—Me gusta. Playa, deporte, alcohol... —Mira a nuestro niño grande.— Y, si Rafita, Disney a tiro piedra.

—Sí, sí, te vas a Los Cayos.—Sentencia Rafa.

— ¿Qué se me ha perdido a mí allí?

— ¡Mickey Mouse! —Suelta David.—María Catalina, divertirte, eso es lo que se te ha perdido.

—Deja, Lola, que yo busco alojamiento.—Dice Rafa emocionado.— ¿Hotel o apartamento?

—Casa en la playa, con vistas, piscina y a dos segundo del mar ¡ah! Y grande, que se lo merece nuestra Cata.

— ¡Que no! ¡Ni se os ocurra!

Intento arrebatarle el portátil a Rafa que se ha hecho de nuevo con él pero David es más rápido y me coge por la cintura; sin embargo, como soy una cabezota, le doy un mordisco donde pillo y me suelta cagándose en mi estampa morena. Para mi desgracia no contaba con Manu y sus años de entrenamiento, tan zen él y el muy cabrito me sujeta con una

llave imposible con la que me sienta en el sofá.

—Cata, vas a tener que trabajar en la relajación o algo, eh.

— ¡Listo! —Gritan Rafa y Lola a la vez.

—Ya tenemos casa y billetes de avión.

— ¡Y dos entradas a Disneyland! —Chilla emocionado Rafita.

Lola pone los ojos en blanco y pasa por alto el comentario del enorme tío que tiene a su lado, es lo mejor, os lo digo yo que soy su hermana.

—Sales en dos semanas a Los Cayos. Ahora solo hay que inventarse algo para tus padres y organizar una tarde de compras.—Me guiña un ojo cariñosa y acto seguido me lanza un beso.

Capítulo 6

CAPÍTULO 05

Mamma, per favore

(ENZO)

Bajo las escaleras del chalé de dos en dos, porque si doy zancadas más grandes probablemente me abra la cabeza tratando de huir de mi madre, la cual no para de gritarme tonterías y digo tonterías por no ponerla de vuelta y media.

— ¡Lorenzo, figlio mio, ascoltami[1]! —Pongo los ojos en blanco un segundo. Después sigo mi descenso por las escaleras de caracol hasta el vestíbulo de la casa de mis padres.—Perché non vuoi ascoltami, eh?[2]

—Mamma, per favore[3].

Ni siquiera sé por qué le respondo en italiano cuando habla mejor que yo el español, lleva en España casi tres décadas, pero cuando se cabrea con alguno de nosotros le da por sacar la lengua natal y ese acento marcado que Dios o el Diablo le dio.

—Per favore, da cosa.—Me señala con ambas manos y hace un aspaviento como si tuviese un par de moscas molestas delante de la cara.—Lorenzo, torna in te e...[4]

—Mamá, no voy a irme con vosotros de vacaciones.

—Santo Dio![5] —Da un fuerte pisotón al suelo, como si él tuviese la culpa de mi estado mental y me mira.—Figlio mio, no puedes estar hablando en serio, es descabellado hasta para ti, cariño.

Lo que me faltaba.

Fabrizia Rossi, Fabri, para todo el mundo que la conoce, siempre se ha sentido orgullosa de su ragazzino[6], como tanto le gusta llamarme aunque tenga los treinta y cuatro rozando el horizonte; al menos hasta después de la lesión que sufrí en el terreno de juego en marzo de este mismo año y el anuncio, cuatro meses más tarde, de mi reincorporación al equipo. Desde ese crucial momento, la doña, se ha propuesto que parezca alguien que sufre un brote psicótico o algo parecido.

—Mamma.

—No lo entiendo, Lorenzo.—Odio cuando me llama por mi nombre, es casi como una sentencia de muerte o algo peor.— ¿Acaso te has cansado de la vida?

—Oh, Dio! [7]—Ahora el de los gestos raros soy yo.— ¡Mamma, no tengo cinco años!

— ¡Pues perdona que te lo diga, lo parece! —Suelta tan pancha y se cruza de brazos con la mirada azul refulgiendo de rabia.

Mi padre, Diego Lujan Díaz, un hombre cabal, sensato y castizo de nacimiento, aparece por la puerta del salón; tiene una expresión severa en su rostro moreno y en sus ojos agua marina. Nos mira a ambos alternativamente, evaluando el próximo movimiento como en esas partidas de ajedrez interminables que echa con mi hermana pequeña, Michela.

—Enzo, eres un hombre ya, así que no voy a decirte cómo tienes que vivir tu vida, —señala él mientras le lanzo una mirada a doña Fabri que dice « ¿ves? Papá lo entiende»—sin embargo, en esta ocasión tu madre tiene razón.

— ¿En serio? —No doy crédito.—Mira, tengo que irme...

—Enzo...

— ¡¿Qué?! —Gruño.

—Tienes una lesión...

—Lo sé, papá.

— ¿Y ya está?

—Sí, ya está.

Giro el pomo de la puerta para marcharme.

— ¿Dónde vas a estar?

Lo miro por encima del hombro, está rodeando a mi madre por la cintura de forma protectora.

Suspiro y me vuelvo hacia ellos para abrazarlos con fuerza, porque en el fondo sé que todo este lío es solo su preocupación por mí manifestándose; pero estoy bien, la operación salió bien y el médico ya me había dado el

alta, únicamente era cuestión de recuperar el tono físico y listo.

—Florida.—Deposito un beso en la frente de mi madre.—Voy a pasar el mes de agosto entrenándome con Paul.

Paul Fisher, es el mejor entrenador personal con el que me he topado en toda mi carrera como jugador de rugby; por eso, cuando el doctor Ortega dio su visto bueno para que regresase al equipo contacté con él para que me pusiera en forma. No tenía intención de alejarme tanto de España considerando que a Michela, le quedaba poco para dar a luz a mi primer sobrino; sin embargo, ahora creía que un tiempo lejos de mi familia me sentaría de maravilla.

—Os llamaré cuando esté allí.—Sonrió intentando relajar la tensión del ambiente.—E intentaré volver para ver a la pequeña Naomi, ¿sí?

—De acuerdo, figlio mio.

—Ti amo molto[8].

—E noi a te[9].

[1] ¡Lorenzo, hijo mío, escúchame!

[2] ¿Por qué no quieres escucharme, eh?

[3] Mamá, por favor.

[4] Por favor, de qué. Lorenzo, entra en razón y...

[5] ¡Santo Dios!

[6] Niño pequeño.

[7] ¡Oh, Dios!

[8] Os quiero mucho.

[9] Y nosotros a ti.

Capítulo 7

CAPÍTULOS 06

El cariño de una madre está sobrevalorado

(CATA)

Los domingos están para descansar, relajarte y pasarte todo el día en el sofá sin hacer nada, a lo sumo con una copita de vino como diría Lola, como en cualquier casa normal, menos en la de mi familia, no señores; para ellos los días del Señor significan almuerzo en el chiringuito y posterior partida de parchís para acabar todos enfurruñados por la mala leche que se gasta David comiendo fichas.

— ¡Qué mala sombra tienes hijo! —Mi madre, doña Concha, acaba de padecer lo que David llama «dos por el precio de una» que no es otra cosa que la habilidad para, en la misma tirada, comerte dos fichas de la misma persona.—Yo no sé a quién habrás salido, desde luego a mí no.

—Este ha salido a tu hermano Fermín.—La sabiduría de mi padre no es del todo bien recibida por su señora, la cual le lanza una de esas miradas que dicen «no me toques el moño que me revuelvo, Valentín».—No se te puede decir nada mujer, todo te lo tomas a la tremenda.

—Tengamos la fiesta en paz, eh. Suficiente tengo con el malaje[1] este.—Señala a mi hermano.

David, que lo de sentirse aludido le trae al paio, les lanza una sonrisa a ambos y además en el caso de mi madre, encima, tiene la poca vergüenza de darle un beso en la mejilla.

—Mamá, venga, si soy tu ojito derecho, no me regañes.—Ruedo los ojos y alzo las cejas.

— ¡Anda y déjate de rollos!—Sonríe ella como si tal cosa.—Cata, tira a ver si remontamos una mijita[2].

—Muchas esperanzas estas poniendo en tu hija, Concha.—Papá, a veces, me cae muy mal.—Si tiene dos manos izquierda y siempre saca unos o dos.

—No me estás ayudando nada.

—Solo digo lo que hay.

Tiro para dejar de escuchar los cuchillos volar por encima del tablero y efectivamente, estaba cantado, me sale un dos bien hermoso en los dados y el muy capullo de mi padre asiente satisfecho con la cabeza y una mirada socarrona. Yo no sé ni para qué me empeño en jugar y más con David implicado, peor, con él y mi padre implicados, si son los dos tal para cual.

—Espero que en el amor te vaya mejor, Catita, porque en el juego estás perdida.

El bocachancla de mi hermano se relame, claro normal, le he dejado mi ficha a tiro tres para hacer carambola y barrer de un plumazo las dos que tengo repartidas en el tablero. Suspiro, poco puedo inventar ya para no terminar de nuevo en la casa; le toca el turno al cabeza de familia cuando suena el timbre de la puerta.

—Anda ve y abre, Cata, esa debe de ser la descarriada de tu amiga.

Y sí señores, me levanto porque en fin, quedarme a ver cómo me destruyen las pocas posibilidades de meter una ficha en casa cuando solo estoy a tiro dos para entrar en la recta final, no me va hacer sentir mejor. Con paso lento llego a la puerta y al abrir me veo a Lola con un vestido corto, con miles de flores y unas sandalias de tacón que le hacen sombra a la Torre Eiffel de París.

— ¿Dónde vas? —La sutileza no es lo mío.

—Ahora, si me dejas, a tu casa, después al concierto de Romeo Santo en el Starlite.—Pasa, las dos sabemos que da igual que no le haya invitado, en esta casa es una hija más. Se mira en el espejo y se ahueca la melena corta y ondulada.—Tengo un reservado. Y debo pasarme toda la noche haciendo stories del concierto y las botellas de Puerto de Indias que me vayan trayendo.

— ¿No te sobraré una entrada no, Lolita?

David, el cual vete a saber cómo ha llegado hasta aquí cuando lo había dejado comiendo fichas en el parchís, mira a mi amiga con una sonrisa lobuna y una ceja alzada.

— ¿Para ti? No, fíjate.—Intento no reírme, sin embargo, la mueca de dolor de mi hermano es magistral.—Hablando de cosas más importantes.

—No hay nada más importante que tu maldad, Lola.—Suelta muy dolido.

La increpada pone los ojos en blanco y me mira directamente.

— ¿Les has dicho a tus padres lo del viaje?

— ¡¿Qué?! ¡No! —Susurro a gritos, si es que eso se puede hacer.— ¿Tú quieres matarme?

—Tengo una idea, tú sígueme la corriente.

Y, con ese vaivén tan suyo, enfila el pasillo dejándonos con la boca abierta tanto a David como a mí que no nos queda más remedio que seguirle pasillo adelante hasta volver al salón.

— ¡Ah, Lola! ¡Mírala que guapa se ha puesto ella! —Mi madre está recogiendo el tablero y no tengo ni que preguntar quién ha ganado porque al ver a mi hermano lo fulmina con la mirada.—Deberías aconsejar a mi Cata, a veces me trae unas pintas...

— ¡Cuanto amor!

—Hija, es que tú porque no te ves.

—Ya, ya.

—Precisamente, Concha, de eso iba hablarte.—La señora de esta casa la mira con cierta incredulidad, después se sienta en la mesa camilla donde hemos estado echando la partida.—Ayer estuve en el CAC, ya sabes, El Centro de Arte Contemporáneo.

Mi señora madre asiente como si fuese una entendida en arte.

—Bien, pues resulta que un pasante de arte de Florida busca nuevos talentos para exponer, ahora en agosto, en su galería de Los Cayos.—Arrugo la frente mirándole.—Fue decirme eso y acordarme de Cata.

— ¿Mi Cata? —Mi padre hace su aparición en escena con una ceja levantada.

—Calla, Valentín, deja que Lola termine.—Hace un gesto con la mano dándole a entender que pare de hablar.— ¿Y qué paso?

—Pues le enseñé varios de los cuadros que tengo en casa, los que me pintó para el salón.—Ambos asienten, incluso David lo hace como si estuviese expectante.— ¡Ay, les encantaron! ¡Se volvió loco de la emoción! Y quiere conocerla hoy en el concierto del Starlite de Marbella.

Se hace un silencio espeso en mi casa, de esos que se pueden cortar con

cuchillo.

De repente, todos hablan a la vez.

— ¡Qué te haces famosa, Cata! —David.

— ¿Mi hija? —Papá.

— ¡Pero si son manchurroneos feos! —Mamá.

Lola, maestra de las mentiras dobladas, se sienta en el sofá de tres plazas más antiguo y se cruza de piernas muy digna ella.

—A ver, Concha, la niña estudio Bellas Artes e Historia del Arte.—Sonríe.—Sabe lo que se hace y a la vista está. Mark, me ha dicho que quiere exponer para el treinta de agosto y que le gustaría una colección inspirada en Los Cayos.

— ¿Y eso qué tiene que ver con mi hija?

—Concha, ¿pues no te estoy diciendo que son los cuadros de tu hija los que quiere exponer este muchacho?—Niega con la cabeza.—Además, se tendría que ir a Florida todo el mes para pintar.

— ¿Y qué se le ha perdido allí?

— ¿Hola? —Elevo la voz.— ¿Recordáis que estoy aquí?

—Calla hija, que estoy hablando con tu amiga.

— ¡De mí! —Suelto furiosa, manda pantalones que mi madre no entienda que esta podría ser, La Oportunidad, si es que la hubiese.—Lola, cuenta conmigo.

— ¿Te has vuelto loca hija mía? —Mi madre se levanta y pone las manos en jarra.—No sabemos nada de ese tal Marco para que te vayas por ahí...

—Mark, mamá, se llama Mark y es pasante de arte en Florida, le ha gustado mi obra y me va a dar una oportunidad, creo que tendría que ser suficiente para alegrarte por mí.—Sentencio.

—No si yo me alegro...

—Una cosa... —Susurra David.

—...pero es que no le conocemos de nada.

—Lo voy a conocer esta noche.

—No es lo mismo que comer con él y preguntarle sus intenciones.

— ¡Mamá! —Exclama mi hermano.—No estamos en el siglo diecisiete. Le están ofreciendo trabajo de lo suyo y eso es bueno, ¿no?

—Supongo que sí.—Alzó una ceja.—Ay, no me mires así es que yo esas cosas que tú haces no las entiendo. No sé cómo a alguien pueden gustarle dos manchurroneos mal colocados en un lienzo.

— ¡Mamá! —Ahora somos David y yo los que exclamamos a la vez.

—Bueno, bueno, tú sabrás lo que haces.

—Eso digo yo.—Miro a Lola al otro lado y sonrío.— ¿Qué me pongo para esta noche?

[1] Desagradable, que dices o hace las cosas de forma intencionada.

[2] Unidad de medida, sinónimo de poco o poquísimo.

Capítulo 8

CAPÍTULO 07

Hilito

(ENZO)

Le doy un trago a mi granizada de limón con ron miel y busco con la mirada a Michela, está sentada en uno de los dos sofás del reservado moviendo la cabeza al ritmo de Romeo Santo y su «Propuesta Indecente»; se refresca con un abanico de cartón, de esos propagandísticos, cosa normal, el calor es insoportable y en su estado aún más.

Lolo, su pareja, está sentado a su lado, sonriendo como un niño chico al ver lo feliz que está mi hermana en el concierto de uno de sus cantantes favoritos. Ha sido un regalo de mi parte. Total, a mí me regalaban un par de entradas y compré otra para él, después de todo, imagino que esta va a ser mi despedida hasta dentro de unos pocos meses.

— ¡Enzo! —Giro el cuello un poco en dirección a Michela, se está levantando con dificultad del sillón, aunque termina consiguiéndolo.—Anda, baila conmigo.

— ¿Estás segura?

A ver, hace años que aprendimos a bailar bachata, fue como una exigencia de mi madre, a la que todo ritmo latino le vuelve loca y cualquiera le dice que no a la señora Fabri; pero me preocupa bastante que la muy cabezona, embarazada de ocho meses, decida mover las caderas por las que precisamente debe salir mi sobrina.

—Non sono paralizzata, Enzo![1] —Me espeta con fiereza.

—Assomgli sempre di più alla mamma.—Murmuro por si con las hormonas me quiere atizar con el bolso.—Va bene[2].

—Così mi piace[3].—Sonríe y me extiende la mano.

Nos llevamos poco menos de dieciséis meses, prácticamente tenemos la misma edad; hemos jugado con los mismos juguetes y nos entendemos a la perfección, incluso inventamos un lenguaje secreto para que mamá no nos pillase quejándonos de ella y las miles de tareas que nos ponía en casa, sobre todo, en vacaciones. Ambos practicamos deporte, yo lo convertí en mi modo de vida, en su caso, sencillamente adora salir de escalada o jugar al balonmano o vóley en la playa cuando se lo puede

permitir claro, el trabajo cada vez tira más de ella y le deja poco tiempo.

Bailar juntos siempre ha sido un placer, sin embargo, hoy la cosa está complicada, no en vano, entre nosotros hay una barriga enorme y preciosa llamada Naomi que nos impide realizar algunos de los pasos más comunes de la bachata. De hecho, acabamos riéndonos un montón cuando sus pies hinchados no son capaces de completar uno de los giros y termina en una postura rara, más parecida a alguna de yoga que al propio baile.

—Será mejor que me siente.—Da unos golpecitos en mi pecho.

—Sí, eso me temo.—Lolo, le ayuda a sentarse en el sofá.— ¿Cuándo te vas exactamente, cuñado?

—En menos de una semana. Paul, lo tiene todo dispuesto y Caridad, la señora que se ocupa de mi casa en Florida, me ha dicho que está todo listo.

Cojo el vaso ancho del cóctel y le doy otro sorbo.

Michela, entrecierra los ojos y suspira prolongadamente, dando a entender que, al igual que mis padres, no comprende para nada mi empeño de volver al terreno de juego.

—Venga, Michi.—Susurro.

— ¡Ah, no! —Niega varias veces con la cabeza y me mira ceñuda.—No intentes convencerme con esa palabrería tuya y los ojillos de cordero degollado, conmigo no funciona.

—No estoy haciendo eso.

—Lo estás haciendo. Lo haces. Y no funciona.—Asegura.—Yo no sé qué te ha dado en la cabeza para decidir regresar al equipo con la lesión que tienes, hermano. Eso sí, a mí no me la quieras dar con queso, porque no.

—Tus argumentos son escasos, Michela.

—No me tires de la lengua.—Chista.

Abro la boca para replicar, pero de pronto hay un revuelo enorme en el escenario, y toda nuestra atención se centra en Romeo Santos y la chica que está subiendo los escalones del lateral. Mi hermana, se incorpora y se fija en la muchacha, todos nos fijamos en ella, es decir, unas tres mil personas tienen los ojos puestos en la chica del pelo castaño y ondulado, vestido verde oliva largo y tacones kilométricos que, justo al llegar al último escalón, tropieza y se va al suelo. Desde luego, si quería una

entrada triunfal la ha tenido al más puro estilo de Jennifer Lawrence en los Óscar.

—Povera[4].—Susurra mi hermana.

Muevo la cabeza de forma afirmativa.

El cantante le ayuda a levantarse, hace una gracia para relajar el ambiente y comienza a cantar «Hilito» mientras baila con la joven. Sonrío. Al menos tendrá algo que contarles a sus nietos cuando sea mayor.

[1] No estoy lisiada, Enzo.

[2] Te pareces cada vez más a mamá. Está bien.

[3] Así me gusta.

[4] Pobre.